

Representaciones sociales de la muerte en los Cuentos de Aguacero

Cecilia Yohana Rodríguez Mayoral

Universidad Pontificia Bolivariana

Escuela de Educación

Maestría en Literatura

Medellín

2020

Representaciones sociales de la muerte en los Cuentos de Aguacero

Cecilia Yohana Rodríguez Mayoral

Magister en Literatura

Asesor

Danny Jean Paul Mejía Holguín

Magister en Literatura

Universidad Pontificia Bolivariana

Escuela de Educación

Maestría en Literatura

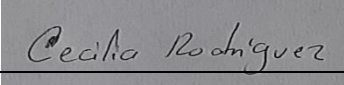
Medellín

2020

Medellín, 16 de septiembre de 2020

Cecilia Yohana Rodríguez Mayoral

“Declaro que este trabajo de grado no ha sido presentado para optar a un título, ya sea en igual forma o con variaciones, en esta o cualquier otra universidad” Art 82 Régimen Discente de Formación Avanzada.

Firma : 

Dedicatoria

A la memoria de mamá.

Agradecimientos

A Dios por su benevolencia para conmigo y hacer de este proyecto de vida una realidad.

A la familia García Rodríguez, por su apoyo incondicional, por animarme a seguir cuando los días se tornaron grises.

A los docentes del programa de Literatura, que contribuyeron en mi formación.

A la docente Luz María Moreno, por ser mi fuente de inspiración en la docencia.

Contenido

<i>Introducción</i>	7
<i>Historia de mi vida</i>	11
<i>Mi pueblo natal</i>	20
<i>Familia e investigación</i>	23
<i>El viaje final</i>	25
<i>Venia a la muerte</i>	30
<i>Glosario</i>	35
<i>Cuentos de aguacero</i>	37
<i>En lo dulce de la vida</i>	37
<i>El abuelo Pacho</i>	41
<i>El merengón</i>	42
<i>Alumbramiento</i>	43
<i>La subienda</i>	44
<i>El día de la sal</i>	48
<i>La hora de la muerte</i>	49
<i>El ataúd</i>	51
<i>Bibliografía</i>	53

Introducción

Atendiendo a los hechos, narrados en mi historia de vida, y, frente a la necesidad de ampliar, el conocimiento de la muerte surgió el interés, de identificar los imaginarios sociales, que, sobre este evento tiene la comunidad afrodescendiente del municipio de Quibdó, a partir de las representaciones de los cuentos de aguacero. Como lo plantea Álvarez citando a Moscovici:

Para Moscovici la representación social es una modalidad particular de conocimiento, cuya función es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos. Es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios, liberan los poderes de su imaginación... (2011, pág. 37)

Esta, es una posición concordante con lo que se quiere expresar en los cuentos de Aguacero, es factible, que sus significados se encuentren inmersos, en cada una de las experiencias de un grupo que muestra cómo viven, este acontecimiento, algunos de sus integrantes.

De acuerdo con los anteriores señalamientos, de que las representaciones sociales de los sujetos, sobre los objetos y de los imaginarios que surgen, de dicha interacción son una forma de realizar la investigación, en el campo de las ciencias sociales, desde un enfoque interpretativista fenomenológico. Se evidencia en el siguiente texto que:

Según Jodelet (1986) se presentan bajo diferentes formas: como una imagen que encierra diferentes significados, como un sistema de diferencias, como categorías de clasificación o teorías para establecer un hecho, postura que conduce a una definición, a una forma de conocimiento social elaborada y compartida, ese que se usa para comprender, explicar y justificar el entorno, la vida, el universo, la ciencia, la historia, las relaciones con los demás, el

comportamiento etcétera. “y a menudo, cuando se les comprende dentro de la realidad concreta de nuestra vida social, las representaciones sociales son todo ello juntos” (p.472) (Arango, 2011, pág. 20)

En virtud de lo anterior, el conjunto de representaciones conforma lo cultural y lo simbólico; interpretan significaciones, que instituyen un orden y límite de lo que puede ser un imaginario social. Según Quintero (2008), “Las representaciones sociales albergan un gran volumen de informaciones, imágenes, opiniones, actitudes, ritos, técnicas, costumbres, modas, sentimientos, creencias, miedos” (pág. 11) Por lo tanto, el elemento central de la investigación, parte del interrogante: ¿Cuáles son los imaginarios sociales, sobre el evento de la muerte, de la comunidad afrodescendiente del municipio de Quibdó, que se identifican a través de las representaciones de los Cuentos de Aguacero? Para tratar de identificar, las representaciones sociales, articuladas en el ritual que en torno a la muerte se lleva a cabo en la comunidad de Quibdó, se tratará de dar respuesta a la pregunta de investigación, desde la realización de entrevistas a un grupo focal, estos, han tenido gran participación en los rituales mortuorios, hombres y mujeres con edades entre los 18 y 70 años e integrantes de la misma comunidad afrodescendiente. En ella se abordan elementos etnográficos, por lo que, realiza un acercamiento a la tradición oral, para observar a las personas en su contexto natural; se utiliza el cuento como elemento narrativo, el cual constituye el eje indagatorio que moviliza el estudio, permitiendo, hacer un recorrido por la concepción sobre la muerte que tiene la comunidad de Quibdó.

Según Valdez (2018), “De esta manera, el imaginario social, vendrá a hacer lo que dote de sentido, cohesión, pensamiento, acción y aquello que mantendrá, unida a una sociedad.” (pág. 4). La muerte, es una de las grandes preocupaciones de la posmodernidad. Por lo tanto, se ha convertido en un tema por antonomasia, que, a lo largo de la historia ha sido un punto de partida, o punto final para las narraciones de muchos investigadores, que, durante todos los tiempos han querido contar las diferentes facetas de este misterioso hecho. “La introducción de la teoría del imaginario social a los quehaceres de la psicología social y la antropología permite

una nueva manera de estudiar los fenomenos sociales y mas en concreto, la muerte preciamente como imaginario social.” (Valdez, pág. 2) Por consiguiente, la presente investigación, toma en consideración el cuento, como la forma literaria, de abordar los lenguajes de la comunidad afrodescendiente, dado que, en la narración de Cuentos de Aguacero, la autora se involucra activamente en sus relatos, para capturar la atención del lector en un acto que ella lo explica:

Implica desnudar el lenguaje y mi intimidad en público; más que exhibir mis encantos secretos, me enfrentaré a todo un despliegue de sentimientos y emociones, salen a relucir resentimientos, añoranzas y culpas que el ser humano en un momento dado es capaz de manifestar frente al acontecimiento de la muerte. Citado fragmento (historia de vida p.14)

El cuento es un elemento del género narrativo, se le conoce como una de las formas literarias más antiguas de transmisión oral. Se sirve de la imaginación, para contar historias, muchas de ellas de la cotidianidad, esta característica le otorga sentido a la realidad. En la narración de cuentos, se establece una comunicación entre el narrador y el público, como lo plantea Álvarez:

De esta manera el pasado se neutraliza y se actualiza en un continuo presente en el que la tradición permanece viva y se transforma conforme a la vida social del pueblo, permitiendo que se de una condicion fundamental de esas narraciones: ser producciones orales y colectivas que transitan espacios y tiempos remotos, conservando sus sentidos profundos y enseñanzas a pesar de sus multiples adaptaciones. (2011, pág. 33).

Desde esta perspectiva, lo que le da sentido, a la expresión lingüística a través de la oralidad es tratar de interpretar la fantasía con la realidad, a través de elementos literarios que le aporten significado y vida propia. Los cuentos, presentan una connotación literaria, cuya mayor característica es la popularidad. En este orden de ideas, los “Cuentos de Aguacero” se encargan de relatar historias antiguas, que se han transmitido de forma oral, para tratar de explicar una realidad frente a la postura que asumen del evento de la muerte, en algunas culturas como son aquellas que son propias de las comunidades afrodescendientes. Todo con el fin de apuntar a un

propósito; expresar la creencia que frente a la forma de percibir y vivenciar el evento humano de la muerte tienen los habitantes de la ciudad de Quibdó.

Según lo dicho anteriormente, y teniendo como referente la teoría de las representaciones sociales, la presente investigación buscó identificar, a partir de los Cuentos de Aguacero narrados por la autora, los imaginarios sobre el evento de la muerte que tiene la comunidad de Quibdó. Se efectuará a través de la metodología cualitativa, cuyo diseño metodológico se reconstruirá a partir del análisis de los cuentos de aguacero, y de la información otorgada por integrantes de la comunidad a través de la entrevista.

En los siguientes apartados, se presentarán al lector los procesos que permitirán entender las lógicas que frente al acontecimiento de la muerte, establecen la comunidad afrodescendiente del municipio de Quibdó.

Historia de mi vida

El origen de estas historias en mi vida ocurrió hace 22 años (aunque no lo tenía en mente) en 1997 cuando a mi familia mono parental en Quibdó se le sumó un integrante más, oriundo de Istmina, a ocupar el lugar de padre que en casa nadie ocupaba. Con su presencia ya éramos cuatro, una familia extensa.

Antes que todo cambiara vivíamos mi madre, mi hermano, a quien le llevaba 5 años, y yo. No teníamos grandes lujos, pero éramos felices. Ese año del nuevo integrante en casa, cuando yo era una niña de diez años, fue decisivo para mí. Todo lo que en ese entonces hice, la gente con la que compartí, los barrios que recorrí, las fiestas a las que asistí, los sermones que escuché de los padres en cada misa, los pozos, quebradas y ríos, donde mis amigos y compañeras del colegio solíamos ir a jugar, quedaron grabados por siempre en mi memoria.

Estoy segura de que, solo en este tiempo, ni antes, ni después, excepto la muerte de mi madre me había marcado tanto como la llegada de aquel hombre a casa. ¿Cuál es la razón? ¿Por qué recuerdo ese año con tanta precisión, reviviendo cada detalle? el asunto me intriga y he tratado varias veces de explicármelo. En varias ocasiones mi madre me dijo que quizás era una negación a la presencia paterna porque carecí de ella, pues mi padre murió sin conocerme cuando apenas tenía un año, crecí con el recuerdo del retrato de quien dicen fue mi papá. Los relatos sobre la muerte de mi padre han resultado ser una intriga para mí, pues su deceso se da el 02-jul-1988, una noche antes de ir a conocerme, a veces siento que su alma ronda mi vida, es una sensación de grata compañía aunque en la realidad me encuentre sola. En muchas ocasiones Eva, mi madre, me contó, que en la semana de su muerte durante el novenario realizaron en nombre del difunto César Enrique, y a favor de mí, una serie de rituales que impedirían la perturbación de él en mi vida, todo esto porque Eva observó, que en las noches yo no conservaba mi posición en la cama, además de eso, presenté durante esos días, fiebre muy alta y lucía una apariencia demacrada. Esto llevo a la familia a tomar mis medidas de estatura y apuntarlas en una cinta roja la cual fue depositada en el ataúd de mí padre, como si quisieran con ello, que él conservara un pedacito de mí, en la eternidad. Además,

me echaron agua del socorro o agua bendita por si algo malo me llegaba a pasar. Su cuerpo, también fue llevado a la casa donde mi madre y yo vivíamos, lo hicieron así, porque en vida fue el lugar donde él, más deseo estar.

Siempre vivimos en Santo Domingo, un barriecito humilde de gente alegre, ubicado en la parte norte de Quibdó, inicia cerca del aeropuerto el Caraño, donde se aviva la esperanza de algo nuevo para esta tierra olvidada, y termina junto al cementerio San José, donde en su lecho de muerte descansan las almas. Algunas de las casas eran hechas en cemento sin revocar y unas cuantas como la mía eran de madera, las calles eran estrellas y amarillentas por el barro que cuando llovía formaba un pantanal, en el que nos divertíamos revolcándonos como puerquitos en el chiquero, este barrio tenía un ambiente poderoso y distinto, todos los santodomingueños, nos sentíamos orgullosos de haber nacido y de vivir en el barrio, éramos primero santodomingueños, después Quibdoseños y por último Chocoanos.

Era un barrio de empleados, maestros rurales, policías, madres comunitarias, campesinos y amas de casa, este barrio representaba todas las clases sociales de la ciudad. También en un sentido político, había un equilibrio entre los partidos nacionales y locales; unos eran liberales y otros conservadores, divididos a su vez entre las dos familias de poderío más influyentes de Quibdó, los Córdoba y los Lozano a los que se les sumaron los Montes de Oca, esta jerarquía política ha existido desde 1947, año en el que fue creado nuestro departamento Chocó.

El hecho es que allí en Santo Domingo de Guzmán, pasé los años más hermosos de mi infancia, uno de ellos en la casa de la tía abuela Isabel, quien se hizo cargo de nosotras desde que mi padre murió, nos acogió en su casa adecuándonos uno de los cuartos que daban con el zaguán, donde aprendí a dar mis primeros pasos, y en el cual corrí, brinqué y jugué hasta que mi madre conoció al padre de mi hermano y nos trasladamos a nuestro propio hogar.

Aquel nuevo lugar, quedaba un poco más arriba de donde habíamos vivido. Siento aún el aroma de sus tablas fresquecitas, similar al olor del aserrín y el barniz recién echado. La casa tenía dos ventanas en forma de cuadrado que adornaban su frente, una a cada lado de la puerta, a unos pocos centímetros en el andén, un frondoso Pichindé de flores rojas, tan rojas como la sangre de cristo en el madero. Contaba

con dos cuartos medianos, separados por una cortina y un escaparate, a unos pocos metros, estaba la sala-comedor donde teníamos una mesa grande para varios usos, un televisor blanco y negro, una repisa con adornos de cerámica y porcelana, un sillón que hacía las veces de mueble donde nos recostábamos a descansar, además, cuatro sillas rimax.

Las paredes estaban adornadas con los cuadros enmarcados de fotografías de nosotros y algunos familiares, unos vivos y otros muertos, un cuadro de la virgen del Carmen y su hijo en brazos, abajo las candelas del infierno atormentando a los pecadores que en la imagen a un le ruegan el perdón de sus pecados a la venerada virgen de los conductores. Los diplomas y almanaques también adornaban nuestra sala, colgados en algunos clavos de la pared.

En la cocina había un estrecho mesón de tabla con una estufa eléctrica de dos puestos y un fogón esocandela que funcionaba con petróleo, en el que cocinábamos cuando se iba la luz por largos periodos de tiempo, una platera donde colgábamos la loza de vidrio y una ponchera donde guardábamos los trastes de pasta, al lado de la puerta trasera estaba la nevera que por años nos había acompañado, incluso antes de que yo naciera, en ella, año tras años, se congelaron los helados y vikingos más lechudos del vecindario, los de coco eran mis favoritos, solía comer uno al regreso del colegio para refrescarme del calor, además, había una ventanilla que nos comunicaba con la tina y el tanque donde recogíamos el agua para los quehaceres, el agua de la tina la utilizábamos para los oficios varios de menor higiene y la del tanque para los alimentos y consumo, luego en una especie de ranchito teníamos el pozo séptico donde hacíamos nuestras necesidades, con la tranquilidad que ello requiere, rodeado de hierba, y plantas que crecían a lo largo y ancho de nuestro solar, unas de las que más recuerdo son las guaduas de gran altura, donde centenares de culebras llegaban hasta allí para cambiar de piel o cazar los sapos que habitaban en la espesura y maleza del monte. Mi madre sentía gran aprecio por el guadual, en ocasiones discutió con algunos vecinos arbitrarios que cortaban sus ramas sin permiso. Para ella significaban mucho, eran la frontera que marcaba nuestro territorio, las guaduas eran nuestro lindero, una especie de trinchera natural.

También recuerdo mucho nuestro palo de pacó, donde los murciélagos dormían durante el día y revoloteaban al llegar la noche antes de irse a chupar sangre, al encuentro con el diablo o quien sabe pa' dónde, el hecho es que estos animales a las seis de la mañana mucho antes de que el alba emitiera su sonido de esperanza, llegaban a su nido y se acurrucaban en sus alas, con un chirrido agudizo que erizaban mi piel, al ver en sus rostros la figura del demonio con destellos de azufre ardiente en sus ojos rojizos y aterradores, un par de colmillos que se ponían en evidencia al agitar sus alas puntiagudas con espinas en los extremos, las mismas de la corona de Cristo y de la palma de chontaduro que en repetidas ocasiones puyaron mis manos al apoyarme en ellas, mientras estregaba mi cuerpo al bañarme casi a oscuras para irme a estudiar. También, había matas de achín en gran cantidad, el achín es un tubérculo parecido a la yuca, se cocina de la misma manera y acompaña de la misma manera, teníamos, además, un palo de sauco de altura media que daba un poco de sombra cuando el sol resplandeciente emitía fuertes rayos de luz, este nos servía de tendedera con una cuerda amarrada en la parte superior del tallo unida en línea recta con una de las varillas sobrantes de las columnas de la tina.

La tina fue mi primera piscina, ahí solía nadar cuando el cielo anunciaba la caída de un fuerte aguacero. Fueron unos años maravillosos, pero como dicen por ahí no hay felicidad completa y ese momento dorado de nuestras vidas se empezaba a oscurecer, mi madre a causa del embarazo de mi hermano empezó a presentar quebrantos en la salud, le diagnosticaron preclamsia, una de las enfermedades más peligrosas que padecen las mujeres en estado de gravidez y que puede causar la muerte súbita tanto de la madre como la del bebé; aparte del delicado estado que mamá padecía, la relación con mi padrastro empezó a flaquear.

Por la gracia de Dios y la atención oportuna del doctor Piñeres, madre e hijo se salvaron y al poco tiempo el destino me regaló un compañero para la infancia y un cómplice para la vida, mi hermanito había nacido sietemesino, en ese momento yo tenía cinco años y la felicidad que nos embargó se desvaneció como se desvanecen los granizos en la lluvia al caer el aguacero, mi padrastro era casado, ya tenía una familia con varios hijos y no podía hacer una nueva con nosotros. Aunque empezaba

a gustarme el hecho de tener un padre en casa, me acostumbré nuevamente a su ausencia.

La angustia poco a poco se apoderaba de mamá, ya eran dos niños que requerían de su cuidado y protección, ya no contábamos con el apoyo económico de la tía abuela, ahora era mi madre quien debía velar por el sustento de nuestra familia. Nos enfrentamos de cara con las necesidades, mi hermano era un bebé y yo una niña en edad escolar, mi madre una desempleada más, sin esperanzas de conseguir trabajo en este pueblo de tanta sequía. Entre familiares y conocidos la contrataban para realizar labores domésticas, en las que ganaba algunos pesos con lo que lograba comprar alimentos y pagar los servicios que solían salir más caros, que el par de artes de oro de castellano y medio que me había regalado mi padrino Pacho, para protegerme del mal de ojo. Estos me acompañaban desde el día que me bautizaron, en algunas ocasiones, Eva, los empeños para salir de apuros. Poco a poco nuestra situación económica fue mejorando, el dinero aumentó y nuestras necesidades básicas fueron suplidas, siempre tuvimos la esperanza en Dios a quien sentimos cerca hasta el día en que Olivio llegó a casa.

Cualquiera que fuese la razón, me negaba a aceptarlo como figura paterna, y aunque el poder de la intuición y la energía que siempre me han acompañado, me hicieron sentir rechazo por él, no podía evitar su estadía en casa, mi madre mostraba empatía con su presencia y mi hermano Jhon era muy chico para tomar partido. Por mucho tiempo la casa había ejercido una atracción fascinante sobre nosotros, y más que una casa era nuestro hogar. Con su llegada todo era extraño en ella, se sentía solitaria, la vegetación estaba seca y marchita, el Pichindé dejó de florecer, ya no había flores rojas ni amarillas, el verano se había intensificado, el agua escaseaba, y cuando de repente caía un fuerte aguacero, este con sus estruendos amenazaba con desenterrarla; la soledad y la humedad en sus paredes hicieron de nuestra casa un lugar inquietante, pero cosas más perturbadoras vinieron a avivar esta oscuridad. Había algo maligno y enigmático, un relente la asechaba día tras día. La comunicación con mamá ya no era la misma, sus muestras de afecto cesaron, se había distanciado de nosotros, él había tomado el

control de la casa y nuestras vidas, nos había prohibido salir de casa y se molestaba si por algún motivo llegaban a visitarnos.

Las personas mayores no lo veían con buenos ojos, murmuraban de su carácter y de la forma como nos castigaba cuando le desobedecíamos ingenuamente a sus absurdas órdenes (ver televisión en casa era prohibido, jugar en el patio no se podía, saltar o brincar le incomodaba). Nuestra alma de niños estaba siendo coartada por este sujeto que pretendía ser nuestro padre. Y si algún vecino o familiar hacía un comentario, a nuestro favor por la forma en que nos corregía, se llenaba de ira e inmediatamente los insultaba con un vocabulario soez y palabras perversas e intimidantes, típico de un coterero, oficio que desempeñó antes y después de pagar en la cárcel Ana Yanci, una condena de 20 años por asesinato en su pueblo natal Istmina.

Su personalidad era notoria y su apariencia dejaba mucho que pensar, era un hombre negro oscuro, alto y corpulento, típico de su región, con una voz gruesa rezongona y aterrorizante por la forma de hablar golpeado y dando órdenes constantes. Tenía dos formas particulares de vestir: en semana andaba de pantalones cortos y suéteres de baja calidad o viejos por las constantes lavadas y los años de uso, calzaba botas cortas, bien lustradas, entre sus atuendos dejaba ver una cuerda con la cual amarraba a la cintura del pantalón, varios cuchillos mata vaca, de esos que utilizan los carniceros para cortar grandes trozos de carne. Solo los domingos se le veía distinto, solía vestirse como los viejos pensionados del magisterio, con camisa manga larga, pantalón de lino, y zapatos formales, se veía impecable como si buscara con la ropa comulgar por sus acciones. Siempre andaba armado, y a la defensiva, y si por algún motivo en las esquinas de las calles, tiendas y billares donde se acumulaban los muchachos para divertirse chisteando, llegase a sentir algún tipo de burla o se sintiera observado por alguno de estos, empezaba una disputa amenazante con cualquiera que al azar chocase con su vista, inmediatamente lo retaba a muerte mostrándole uno de los cuatro cuchillos con los que siempre andaba.

¿Qué ocurría en su interior? Cosas malas, cosas perversas, mi imaginación estaba intranquila tratando de adivinar qué se escondía tras este extraño personaje.

Sospechaba que había algo oculto en sus años de prisión y su destierro de Istmina. La curiosidad se apoderaba de mí, un día intenté esculcar su maletín, me llamaba la atención el hecho de que tuviera allí todas sus pertenencias y que nunca se ocupara en acomodarlas en uno de los dos escaparates que teníamos, daba la impresión de que en cualquier momento se iría de casa, estaba convencida de que algo ocultaba, y quise hallar respuestas entre sus cosas, pero al mismo tiempo que la curiosidad me atraía, también esta me asustaba, por fin un día intenté revolotear en los bolsillos del viejo morral, pero el estruendo de un paso ligero, que hizo cimblar el piso de tabla, me advirtió de su presencia y no tuve de otra que simular la limpieza de un par de zapatos en desuso de mi madre. Nunca más quise saber, ni tener contacto con sus pertenencias, la forma como aparecía de repente y la manera de ejercer vigilancia en nuestras vidas, me hacían mantenerme al margen de su presencia.

Continuando con mi vida, en la Escuela Normal Superior “Manuel Cañizales”, entré a bachillerato, crecí en los años siguientes (como ustedes podrán imaginar) me ocurrieron muchas cosas más en la casa, el colegio y el vecindario que los exoneró de saber. Siete años después mi vida volvió a tomar impulso. Fue en el 2005, ya había terminado el colegio, tenía entonces 17 años, había ingresado al ciclo complementario para graduarme de normalista superior y poder ejercer como docente de básica primaria en cualquier establecimiento educativo público o privado en el país, este se convertía en mi primer paso de liberación por los años de angustia que viví. Para esa época yo había acabado por admitir que la verdadera libertad estaba relacionada con la educación, tal y como lo había mencionado el ilustre chocoano Diego Luis Córdoba en uno de sus discursos en el senado. “Por la ignorancia se desciende a la servidumbre, por la educación se asciende a la libertad,” esta frase me la decía mi madre cuando le reclamaba su docilidad y aceptación a los constantes maltratos que recibíamos de Olivio. Las críticas en el vecindario no se hicieron esperar, los vecinos murmuraban acerca de nuestra forma de vida.

Para aquel momento, el barrio había aumentado su población y algunas casas habían cambiado su estructura, la nuestra seguía igual, estaba allí, en el mismo

lugar, con el mismo ambiente turbulento que la acechaba; por el pasar de los años y la humedad del terreno amenazaba con colapsar, muchos de sus guayacanes se encontraban vencidos, las paredes estaban carcomidas por el comején y un montón de hendiduras iluminaban su interior. El misterioso personaje me seguía perturbando. La gente mayor que sabía de nuestras diferencias me insistía en que no me convenía entrar en disputa con él, que resultaría peligroso para el cuerpo y dañino para mi alma. Pero para esa época ya no era obediente, ya no le temía al infierno ni a la muerte y me atraían los peligros físicos y espirituales. En ese mismo año me enamoré de un militar con el que empecé a proyectar un futuro y con el que me sentí apoyada en mis decisiones de confrontarlo o librarme de su presencia. Las discusiones y altercados no se hicieron esperar por su oposición en mis relaciones sentimentales, las cuales no estaba dispuesta a dejar pasar desapercibidas y aunque mi madre era imparcial, yo sentía que aquel detestable señor no tenía derecho a influir en mis decisiones. Así fue mi infancia y adolescencia en casa hasta que me gradué con honores de mi Escuela Normal.

Esta imagen de intranquilidad y peleas de ese lugar coexistió en mi mente cuando dejé a Quibdó, en los primeros meses del 2007. Desde entonces, me tomé unos años para volver a mi pueblo natal. Me instalé en la ciudad de Medellín, conseguí un empleo de docente de primaria, y con los ingresos empecé a costear mis estudios universitarios, estaba persuadida de que debía ser docente de humanidades, deseos que desde muy niña sentí. Para entonces ya llevaba algún tiempo leyendo y escribiendo cuentos, poesía y hasta había escrito una canción. Pero la primera cosa que creí escribir en serio fue un relato largo, una historia inspirada justamente, en esos recuerdos que tenía de Quibdó, mi casa y Santo Domingo. Recuerdo mal el relato, solo sé, que era una especie de tragedia, inyectada de sangre y fanatismo. Y será el mismo tinte que va a regir mis Cuentos de "Aguacero." Implica desnudar el lenguaje y mi intimidad en público; más que exhibir mis encantos secretos, me enfrentaré a todo un despliegue de sentimientos y emociones, salen a relucir resentimientos, añoranzas y culpas que el ser humano en un momento dado es capaz de manifestar frente al acontecimiento de la muerte. Ella, ha estado rondando mi vida de manera evidente.

Al terminar la licenciatura en Humanidades y Lengua Castellana el deseo por las letras se fue intensificando, así que continúe mis estudios de posgrado en la Universidad Pontificia Bolivariana donde me gradué como Especialista en Literatura: producción de textos e hipertextos, con el trabajo de grado como requisito de título pude exorcizar gran parte de esos demonios que han perturbado mi vida, uno de ellos es la muerte, que sigue latente en mi existencia y en mis narraciones, y que al día de hoy se intensifica con el dolor de la ausencia de mi madre que se durmió en ese sueño profundo hacia la eternidad, en el mismo escenario en el que crecí, mi casa, mi Santo Domingo, mi Quibdó al que volví horas antes de su partida. Pues como lo establece la muerte, a diferencia del nacimiento, nos produce angustia y rechazo ya que nadie quiere marcharse de este mundo y menos si se goza de una vida plena.

Mi pueblo natal

Quibdó es un terremoto emocional para mí: es la envoltura de mi alma, es el lugar donde mis experiencias y circunstancias de vida se encontraron y se mezclaron, se transformaron mutuamente y, en cierta medida, se liberaron de mí en una historia verbal.

Quibdó, es una tierra dulce, sonora y ostentosa como el océano que la acompaña, de un colorido exótico que enardece sus mañanas, sus márgenes, se matizan con las aguas del río Atrato, que avivan nuestra fe y esperanza. A los nacidos aquí se nos dice Quibdosesos, esto representa para nosotros todo un mundo histórico, social y geográfico. Es la selva, la abundancia vegetal, el color verde, una comunidad que aún no ha entrado a la historia, un cúmulo de creencias y costumbres de supervivencias antiguas, que constituyen un ramal de situaciones, es el emblema de nosotros, los Chocoanos, de un pueblo negro, es la ciudad oculta de una trocha asediada por el barro que representa la simplicidad de su naturaleza, donde el eco de Cítara, el ancestro mayor, se siente con ahínco fuerza y vitalidad, es un sendero lleno de añoranza por el espíritu de nuestros aborígenes, los chocoes, los emberas y los Waitotos, que, con su idiosincrasia permearon nuestra cultura con un asentamiento histórico, social y religioso. Haciéndole honor al legado africano, a la cuna de nuestra existencia. Aquí, las manifestaciones y expresiones culturales no se hacen esperar, La devoción a los santos, envisten una serie de prácticas que no son otra cosa que el cumulo de saberes ancestrales. La memoria viva de mis mayores, que, a lo largo de los años sea contado a las generaciones, desde las orillas de sus ríos por allá en los litorales, en las cuencas y ensenada. Quibdó, es una tierra de ritos, fiestas y relatos. Y que relato más profundo que su misma historia, un nombre con sonoridad africana. Fue entonces, en los años 1.600 que las consecuencias de la explotación minera determinaron para esta región un proceso de poblamiento, blancos, mulatos y negros, negros de pura cepa, negros de color purpura, por sus pieles de tornasol, fueron traídos aquí, a San Francisco de Quibdó. Era entonces un puerto, donde llegaban los esclavizados por nuestro majestuoso río Atrato, el punto de contacto del Chocó y el Caribe. La inmensidad de

sus aguas y riqueza mineral, hicieron que, criollos cartageneros, judíos e ingleses procedentes de Jamaica, vinieran a explorar sus tierras. Entre ellos los Ferrer y los Isaacs, los troncos familiares de un hijo de estas tierras, Jorge Isaacs, autor de la *María*, una novela que recrea el romanticismo y cuenta momentos claves de la esclavitud en estos escenarios, (Braulio y Transito esclavos de la hacienda de la familia de Efraín) además, el autor menciona elementos supersticiosos, como el ave negra que permea la historia durante varios momentos críticos, esta, representa un símbolo que marca las vidas de estas familias, recreando la idiosincrasia de los orígenes del autor, y de su tierra natal, Quibdó.

Y fue, en ese sentido, que este terruño de palmeras exuberantes y frutos afrodisiacos, como el chontaduro, el borojó y el árbol del pan, provee, aún, para sus hijos, el sustento con sus suelos y afluentes, una gran variedad de peces, ricos en colores y sabores, nuestro boca chico, que con su subienda en el mes de enero nos recuerda la riqueza de esta gran región, y este mismo río Atrato que nos sustenta es el emblema de su calle principal, la primera, el Malecón, en el arquitectónico barrio Roma, donde las campanadas, de la iglesia catedral San Francisco de Asís, él patrono de este pueblo, retumba en la memoria de sus fieles como una creencia sagrada. Desde este punto de la ciudad, se despliegan, los 12 barrios franciscanos, que representan las tradicionales fiestas de San Pacho, donde se combina lo religioso con lo pagano, es un rito de alborozo, bunde, chirimía, comparsa, disfraz, verbenas, vendajes, bebidas y trago. Y otros tantos barrios como el mío, que no son franciscanos, celebran fiestas barriales, donde los torneos de fútbol, y los reinados no se hacen esperar; el bullarengue de las porras, con canciones y frases rimadas, hacen de esos días una experiencia grata, grata entre los vecinos, porque se siente, se vive una hermandad sagrada, mejor dicho el espíritu Santodomingueño, de Santo Domingo de Guzmán, así, se llama mi barrio, el barrio donde yo nací, y aunque hace ya algunos años, su recuerdo vive indeleblemente en mi memoria. Este barrio aviva mis emociones, aun siento el vaivén de los atardeceres bajo una llovizna de aguacero, una agüita fresca, liviana, de esas que liberan el alma; cálida, tranquila, así, se sienten las gotas cuando se baña en el aguacero. La mayoría de los chicos disfrutábamos de él, era un vecindario alegre,

de gente muy sana, cuando las noches eran secas por los días de verano, nos sentábamos a escuchar a los viejos sus relatos, estos eran de toda clase, hablaban de muertos, brujos y espantos. Ay, Dios mío santo, cuando nos íbamos a costar, todas esas historias retumbaban en la cabeza, como retumba el aguacero por las canoeras. También hacíamos boas con fogatas en las peleaderas, cocinábamos arroz con queso costeño o arroz clavado, colada de pápula con bienes tarina, fritábamos hojaldra, plátano y masa frita y hasta rabicoloradas, cuando era tiempo de sardina, cocinábamos achín con guiso, sosiega de bienes tarina con azúcar, con esta, nos divertíamos soplándola para empañar la vista del que teníamos al frente, era la travesura más grande que al otro, solíamos hacer. Jugábamos al yeimi, quemado o ponchado, la gallina ciega, la pastillita, el fruto, congelado, hoyito o pañuelito, jugábamos al lazo, y a la golosa, al escondrijo o chucha cogida. A, alcanzar las llantas sueltas de las bicicletas viejas, que, hacíamos rodar por las lomas, para luego alcanzarlas, éramos todos y todas, no había juegos de niños, ni de niñas, eran los juegos de nosotros, los Santodomingueños, donde los años pasan, pero la vida no cambia.

Familia e investigación

Las experiencias personales (vividas, contadas y leídas) son, el punto de partida para la construcción, de una investigación sobre el enigmático fenómeno de la muerte. Estas experiencias, están maliciosamente disfrazadas en mi historia de vida. La muerte me obsesiona, me llena de nostalgia y despierta en mí, todo el acervo cultural de la idiosincrasia que me representa. Quiero que, ustedes, escuchen mi corazón autobiográfico que faltantemente late en los hechos, que constituyen la raíz de esta temática. Y, aunque la muerte es un efecto cotidiano, se ha convertido en un tema por antonomasia para muchos autores que como yo, deseamos profundizar en sus matices. La maniática riqueza de los detalles, surgen, de las relaciones sociales, que establece, mi comunidad afrodescendiente con un sinnúmero de creencias, y ritos ancestrales. Cabe resaltar que, gran parte de ellos están anclados a mi vida familiar, desde que era muy niña empecé a oír historias, que entorno a la muerte se entrelazaban con la familia.

Una de esas tantas historias, es la de mi tía Blasina, ella, siempre decía que la muerte tenía su cara, y la describía de tal forma que nos hacía creer que la estaba viendo. “La muerte me dio, la cara”, afirmaba mi tía, “tiene un torso suave y transparente, está fría como la noche y sigilosa como una sombra, luce pálida, sombría y misteriosa”, a mi tía Blasina, se le murieron tres de los seis hijos que tuvo, estos murieron en circunstancias muy extrañas, no fue precisamente una muerte natural, tampoco puedo decir violenta. Para mí, y para toda la familia, conocidos y allegados que presenciamos y escuchamos sobre la extrañeza de los casos, nos causaron consternación; a Yolima, que era la segunda hija de mi tía, le adelantaron la muerte con brujo, los detalles son muy profundos y hasta espeluznantes, cosa de no creer, con decirles, que, Yolima nació mujer y murió convertida en hombre, a Juan, el mayor de los hombres, lo convirtieron en esqueleto, con un brujo descomunal, días antes de morir, y a Chobi, el menor de todos le adelantaron la muerte con una madre de agua. Creo, que desde este tiempo, la muerte, es para mí una intriga a la cual intento darle explicación. Desde mis vivencias, desde mi sentir. Para ello me apoyo en las experiencias de mis mayores (tíos, primos y

vecinos) que al igual que mi tía Blasina, han descifrado la muerte. Todos, y cada uno de ellos tiene la versión de muchos hechos que resultan para esta investigación datos representativos de las percepciones que culturalmente adquirimos de la muerte.

He tratado pues de recolectar información de estos hechos utilizando el método etnográfico ya que, por ser parte de la cultura me permite hacer un análisis sistémico del contexto, del mismo modo permite una interacción constante con los individuos que la representan.

Omaira Córdoba, Ángel Custodio Córdoba, y Josefina Rentería, hijos de mi tía Blasina son la fuente principal para las entrevistas y recolección de la información. Del mismo modo Ana Romelia Córdoba, Luz Helena Rodríguez y Yarlin Rentería forman parte activa con sus experiencias reales.

El viaje final

Siempre, había pensado en cómo sería el final de los días de mi madre, siento que cuando esta idea aparece no se va. Se adhiere. Perdura. Aumenta. No podía impedirlo, estaba ahí, rondando en mi mente, quisiera o no. Al dormir, al levantarme. Siempre estaba ahí. Siempre. Por esos días había pensado en su partida, una sensación de vacío se apoderó de mi mente desde lo más profundo de mi ser. Y es que ella alguna vez me dijo: “A veces un pensamiento, se parece más a la realidad que los mismos hechos, puedes, decir o hacer cualquier cosa, pero no puedes fingir lo que piensas”. Y fueron, precisamente, esos presentimientos mentales los que me llevaron de regreso a Quibdó. Mi pueblo natal.

El trayecto, se sentía vacío, todo estaba muy tranquilo, vacante. Más de lo que imaginaba. Había mucho que ver, pero no muchas personas, ni edificios o casas. Cielo, árboles, selva, ríos. La carretera y sus profundos abismos derrumbados. Todo se había vuelto selva. Era el viaje más apresurado que había hecho en toda mi vida, sentía, el deseo de volver desde hacía poco, fui a verla a estar con ella. Quería cambiar sus días, sus hábitos, sus rutinas. Pero a veces, algunas paradas son retrocesos, son puntos finales. Por eso no es raro que sienta nostalgia. Por nuestra relación, por ella, por nosotras. Debía, estar emocionada, era el primer viaje que hacía en su nombre. Pero no lo estaba. Para nada. Durante el viaje vi más desolación que en otros años. Quizás en toda mi vida. Algunas mariposas, vacas, caballos, quebradas, yerba, chozas y un cielo enorme. Sentía, que algo en ella no estaba bien. Pero ¿Desde hace cuánto lo sentía?, ¿un mes?, cinco semanas, tal vez seis. Creo que, debería saberlo bien. Las suposiciones son ciertas. Sentía miedo de creer. Era el momento. Teníamos una conexión real, un vínculo extraño, un apego intenso. Jamás había sentido algo igual. Era el momento de la respuesta. Solo una pregunta. Una pregunta que responder. Veía el cielo, por momentos se tronaba lejos, opaco, distante. En otros, espléndido, brillante. Confuso, todo era muy confuso. Pesaba en el final.

Eva, era una buena madre, pero su vida estaba estancada, lo sabía desde hacía tiempo. Quizás, sea parte de la naturaleza humana, aferrarse a seguir aunque sepas

que todo está en tu contra. La alternativa requiere de mucha energía. Decisión. Las personas permanecen en relaciones tóxicas, porque es lo más fácil. Es física básica. Cuando un objeto está en movimiento tiende a seguir en movimiento.

Mi madre, no se había sentido bien, sabía, que envejecer le traería sus consecuencias.

Tal vez fui por curiosidad. Algunas acciones, en su vida, eran difíciles de entender. Este viaje podría ser una ventana de nuestros orígenes. Ya saben "el niño es el padre del hombre". Sigmund Freud.

Antes, de empezar el viaje para ir a ver a mi madre tuve una extraña sensación, esta, me llevo a retirar de mi maleta la ropa colorida, parecía una secuencia de eventos muy poco probables. Qué raro. Quería estar con ella. Era culta, tranquila y aunque nuestras vidas tomaron rumbos diferentes, era grato verla. Juntas, éramos interesantes. En el pueblo, nos admiraban cuando estábamos juntas. No resultábamos tan llamativas estando solas. Ella siempre decía que, se sentía incompleta cuando yo no estaba. Siempre le proteste, me angustiaba la docilidad de su carácter, de su entrega total, a él. A ese, que día tras día la consumía, y, que hasta en sus últimos momentos le carcomía el alma.

El viaje por tierra fue bueno, me permitió recordar que, el mundo es más grande que el interior de nuestras mentes. El paisaje era hermoso. En cierta forma sombrío y desconsolador. Me preguntaba. ¿Cuándo había sido mi último viaje por tierra? Debería recordarlo, pero no. Mi mente estaba en blanco. Todo era raro y melancólico. Volver a casa era terrible, me hacía pensar en la opresión de mi infancia, en la casa solitaria, de la que, había salido hacia un par de años y a la que, nueva mente me disponía a llegar. Pensaba en Eva. En sus apegos, como los bichos que se aferran a las plantas, veía, las nubes grises, sentía un silencio enorme, pero al mismo tiempo, el deseo de estar con ella revolcaba mi alma. Las nubes tal y como se veían eran sospechosas, parecían de otro material, diferentes a las que había dejado atrás. Quizás era el tiempo. Es como un tren que no se desvía. Nos lleva a su destino final. El de ella. La sensación al llegar a casa fue triste, deprimente. Me sentía incomoda, vacía, angustiada. Es verdad. Todo tiene que morir y mi casa estaba muerta. Nos gusta pensar, que siempre hay esperanza. Que podemos

superar la muerte. Y solo los seres humanos, tenemos la fantasía de que las cosas mejoraran, pero también, somos conscientes, de lo inevitable que llega hacer la muerte. El destino me llevo a ver a mi madre, a tocarla, a palparla, a abrazarla. Y aunque todo fue, rápido y confuso. Pude sentir su vida en la mía, como hacia tanto tiempo no lo sentía, escuché su voz en el embrujo de mis sueños, vi, la luz en su mirada y una lágrima en su mejilla retumba por siempre en mi alma.

Mi madre, murió a las 11 y 45 de un domingo del mes de enero, y antes de su partida, roso mi rostro, sigilosamente. Bajo un rayo de luz, que se apagó suavemente, en la habitación donde yo, dormía.

La muerte

La muerte, ha rondado sigilosamente mi vida. Y, el solo hecho de pensarlo me asusta, me genera zozobra, temor, e incertidumbre. Tal, y como lo expreso, Miguel de Unamuno en su Diario Íntimo. “mi terror ha sido el aniquilamiento, la anulación, la nada, más allá de la tumba.

En la actualidad, no aceptamos, ni reconocemos la muerte, por el empoderamiento que hoy, se tiene de la ciencia y la razón. Pese a ello, y, muy ligado a mis raíces ancestrales, asumo, el tema de la muerte, como un paso transitorio de la vida. Según Álvarez (2011), “Su interpretación está fuertemente influenciada por las costumbres, las ideas religiosas y científicas en las que se halla inmerso el individuo” (pág. 3) Cabe resaltar que, estos rituales, asocian, los diferentes imaginarios que, en torno a la muerte tenemos los afrodescendiente de la comunidad Quibdó.

Estos rituales, nos permiten, recibir y despedir la muerte. Se encuentran asociados, a un cumulo de creencias, y supersticiones. Algunas de ellas son: Los presentimientos, las premoniciones, la intuición. Tal, y como ocurre en el cuento el Abuelo Pacho:

Hasta el día de su muerte lo supo descifrar, mandó llamar a sus hijos que estaban en la capital, ya hacía varios meses estaba en el hospital porque con un palo en la cabeza la muerte se lo quiso a llevar, él le pidió una tregua para sus cosas ordenar, tenía muchas tierras e hijos para heredar y aunque estaba enfermo de gravedad, todos sus asuntos los pudo ordenar y antes de morir se lo tuvieron que inyectar para que su alma pudiera descansar. (Rodríguez, 2020).

Otros, a los que, podríamos llamar rituales de despedida son: preparación del cuerpo y vestuario, altares y tumbas, chigualo, gualies, romances, velorio (rezos, alabados, juegos, comida, bebida) entierro, novenas, última novena, levantamiento de tumbas, cabo año.

Según Rodríguez (2020), y hasta el viejo Simeón rengueando vino y cantó los alabaos que muchas veces el difunto también cantó, a niños, jóvenes, y ancianos,

que en velorios, novenas y chigualos, de este mundo se alejaron. De esta manera, entendemos que la muerte es un paso, un tránsito hacia la otra vida, por ello requiere de una preparación para el difunto. Para su alma, necesita que sus pecados sean perdonados y así, poder gozar de la eternidad.

Venia a la muerte

El anterior título, hace mención del permiso, que mediante una serie de manifestaciones, le damos a la muerte. Es un legado de nuestros antepasados, y, es una de las creencias que aun conservamos de estas raíces ancestrales. Este conocimiento, nos llega, de generación en generación mediante la tradición oral. Estas prácticas, han permitido que nuestra comunidad fundamente una identidad cultural, mediante valores espirituales. La venia de la muerte inicia con las supersticiones, los Quibdosesños asociamos el evento de la muerte con un sinnúmero de hechos que, a nuestra manera de ver son el anuncio de esta, para familiares, amigos y vecinos. La muerte la podemos percibir mediante: objetos, lugares, animales, sueños, los rasgos físicos y estados de ánimo de las personas, el ambiente en relación con el clima, (aguacero muy fuerte, y llovizna repentina).

Durante las semanas, días y horas de morir una persona se puede oír su voz intacta en la lejanía, también, se escuchan pasos en las casas sin que haya presencia de alguien cerca, se ven sombras ligeras en lugares apartados de las viviendas, en habitaciones, y paleaderas desoladas. Es común escuchar abrir y cerrar las puertas como si alguien las manipulara, los revuelcos en las cortinas de las casas son repentinos y constantes. Se escuchan sonidos extraños en las habitaciones y caída de objetos. Se dice además que, la visita en casa de mariposas negras presagia la muerte de un miembro o allegado, la esfinge de la calavera es un tipo de mariposa que, si posa en la habitación de alguien le está presagiando la irremediable muerte. Cuando en una casa hay un enfermo de gravedad, y llega un cucarrón negro, y se posa en la mesa y luego de dar vueltas se voltea, y se va, el paciente se aliviará. Pero si por el contrario luego de revolotear se queda tieso, de boca abajo es una muerte segura para el enfermo. Oír el canto del guarro, en tardes silenciosas o a media noche, es un presagio de muerte. La angustia de los perros, e intranquilidad, aullido y chillido, durante la madrugada, detectan el alma rodante de alguien cercano que morirá. Se dice que, un fuerte y repentino aguacero a tempranas horas de la noche, anuncia el alma de algún Quibdosesño, que se está despidiendo con la lluvia.

En épocas de verano, principalmente en enero, con la subienda del bocachico, la presencia de una llovizna o chinchín de agua repentina es presagio para la muerte de alguien. Para los Quibdosesños, los sueños son premoniciones para descifrar la muerte, por lo tanto, Soñar, con dientes y muelas es muerte segura de familiares o amigos, soñar, que se está en reuniones con muchas personas, y entre estas se evidencien parientes y conocidos se entiende que el sueño alude a una mortuoria. Soñar, con matrimonios, bautizos, primeras comuniones y altares trae consigo la muerte cercana. Los estados de ánimos y apariencia física de una persona también le anuncian la muerte. Un enfermo, con mirada perdida refleja su propia muerte. Un enfermo, con sequia constante anuncia su propia muerte. Algunos invidentes, anuncian la muerte de una persona con solo mirar sus pies y detectar en esta, el flote de sus pies, es decir no son apoyados en el piso, sino que, flotan en el aire. Se les puede ver además caminando de espaldas o con los pies volteados. Los bebes, y niños pequeños con sus sonrisas, balbuceos y juegos repentinos e imaginarios evidencian la presencia de almas, que se pueden estar despidiendo del mundo de los vivos.

Estas costumbres son una muestra de resistencia frente a la muerte, una forma de aceptarla, de vencer el dolor. Y como toda nuestra cultura es resistencia, los ritos y creencias entorno a la muerte fueron creados por resistencia para sobrevivir. Por lo tanto, la preparación del difunto, el altar y la tumba, el chigualo, guali, romance, velorio, entierro, novenas, levantamiento de tumba y cabo año, son cada uno de los rituales que realizamos entorno a la muerte, donde los rezos y alabaos juegan un papel fundamental. (Se mencionará algunos por estar presentes en los Cuentos de Aguacero).

En Quibdó, cuando alguien muere, sea niño o adulto, es motivo suficiente para que la gente se movilice, todos, nos sentimos interesados en participar, y apoyar de alguna manera y desde nuestro alcance, en la asistencia y elaboración del ritual. Los rezanderos y cantores de alabaos hacen su ofrecimiento para acompañar al difunto. Hay quienes ofrecen sus espacios para llevar acabo el velorio (casas, espacios escolares, litúrgicos o de eventos culturales) esto, en caso tal que el

difunto no contara con una vivienda espaciosa. Otros, ayudan a la decoración del lugar, colaboran económicamente, para ayudar con los gastos de las reparticiones de alimentos que en este se hacen, algunos, prestan objetos de sus casas que sean necesarios para el ritual, también hay quienes se ofrecen a participar en la preparación y repartición de los alimentos (café con leche, aromática, galletas sodas o saltinas, pan amasado, croissant, sopa de queso, sancocho de cerdo, aguardiente preferiblemente Platino. Dulces como: menta helada, confite de aguardiente o anís, coffee deligh.

Cada uno de los rituales, ya mencionados se llevan a cabo por comisiones de personas que, conocen y se han ofrecido en su elaboración, principalmente familiares, amigos o vecinos del difunto. (Todo esto con la autorización, de los dolientes cercanos del fallecido).

El primer ritual que se realiza en torno a la muerte es la preparación el cuerpo: se baña al fallecido, y se prepara para que se conserve, en la mayoría de los casos le untan formol, pero también se puede preparar una toma tradicional de borjój, limón, biche y sal. Además se le puede untar en el cuerpo una pasta de borjój para reforzar la toma. (En ocasiones se repite la toma y el unte, por la espera de familiares que se encuentran en otros lugares, el cuerpo estaría preparado para otro velorio) Luego, se procede a vestir al difunto. Los niños son vestidos de ropa blanca (bata o túnica, medias y guantes) A los adultos, se les viste con el traje que en vida eligieron para esta ocasión, o el que fue de su preferencia, el hecho es que, encima se les debe colocar el hábito de San Francisco, patrono de los Quibdosenos. Se debe además enlazar a la cintura el cordón de cáñamo el cual tiene cinco nudos que significan las cinco vueltas el escapulario, se tiene por creencia que si el difunto no lleva el cordón su alma no podrá salir del cuerpo.

Cuando ya se ha preparado y vestido el muerto, este es colocado en el altar o tumba. Para los niños en el altar, y para los adultos tumbas. Las cuales se organizan para exponer públicamente al muerto, ya que desde ese preciso momento va a estar acompañado por familiares y allegados. En ambos casos (altar y tumba) requieren de una elaboración y unas particularidades. En el caso del altar, se coloca una

sábana blanca en la pared, y otra en forma de mantel, sobre la mesa donde está el ataúd, que también debe ser blanco, este, se acompaña con dos velas en diagonal, una en la cabeza y otra en los pies. Además se elabora una corona con papelitos de diferentes colores y se le coloca sobre la sábana de la pared (como fondo del altar).

Las tumbas para los adultos, también se utiliza una sábana blanca en la pared (como fondo) sobre ella se coloca el nombre del difunto, un cristo y una mariposa negra, se colocan cuatro velas una a cada extremo del ataúd, estas son utilizadas para alumbrar el camino del difunto en el más allá.

Tanto en la tumba como en el altar se deben colocar flores silvestres propias de la región una de ellas es el heliotropo o flor morada.

Luego se le canta a la muerte con cantos de alabados, y a los difuntos pequeños se le hacen gualies o chigualos. Son eventos solemnes, los chigualos son para los menores de 4 años, pues son llamados angelitos por no tener pecados, se les viste de blanco entero, permanecen entre sus cunas con una flor roja en la boca, los acompañantes les cantan arrullos para que lleguen sonrientes al encuentro con él señor. A los niños moros es decir los que no hayan sido bautizados antes de morir, inmediatamente se les debe echar agua de socorro o agua bendita ya que la ausencia de este ritual impide la llegada del ángel a la paz celestial. Los padres y padrinos del angelito realizan bailes y rondas balanceando el cuerpo del difunto, se tiene además por tradición que, si el angelito es una niña, la que debe iniciar el baile o pastoreo es la madrina, y luego se la pasa al padrino, éste a la madre, luego al padre y, por último a los acompañantes del ritual. Pero, si es un niño, se inicia con él padrino, la madrina, él padre, la madre y, por último, los acompañantes. En un semicírculo, el que recibe el cuerpo del niño en sus brazos baila con él ofreciéndolo al público, a la tierra y al cielo. Para los niños de 5 y hasta los 7 años, se realizan gualies, pues, se tiene la creencia que el niño ya es un angelón, en este caso, el infante no es bailado por los padres y padrinos, dado a su tamaño, por lo que, permanecen todo el tiempo en el altar adornados con flores y coronas. A este asisten niños entre las mismas edades del difunto, todo esto con el fin de alegrar

con canciones, rimas y juegos tradicionales el viaje del angelón. Los gualies o chigualos se realizan de día o de noche según la hora en la que haya muerto el niño.

En cambio para los adultos se realizan velorios, estos inician desde las ocho de la noche con el primer rezo de los tres rosarios (a las ocho, a las doce y cinco de la mañana) de ahí en adelante se cantan alabaos alternados con los rezos. Los alabaos son canticos corales de alabanza o exaltación religiosa ofrendados a Dios, a la virgen y a los santos. Son el eje ritual del velorio y la última novena. Desde el preciso momento que se entona un alabado en el velorio, se tiene por creencia que, comienza la despedida del alma del muerto y la ayuda en su tránsito al más allá.

Entre los espacios hay repartida de los alimentos ya mencionados y los acompañantes se entretienen, con juegos de mesa (parques, rumis, dominó) unos escuchan y otros cuentan chistes y relatos. Los que se tienen que ausentar del velorio por lo general se despiden a las doce después del segundo rosario, el resto acompaña hasta el amanecer.

En conclusión, la venia a la muerte es sin lugar a duda una manifestación cultural de nuestra herencia africana, por esta razón las sabedoras y sabedores que en su mayoría son mujeres y personas mayores, deseamos que nuestro legado no se pierda en el devenir de los tiempos sino que nuestras generaciones vean en ellos un acto de resiliencia, una voz que desde los cuento de Aguacero intenta salvaguardar cada una de estas manifestaciones como una fuente irremplazable de conocimiento e historia ancestral.

Glosario

Algarabía: ruido producido por voces alegres

Atuendo: ropa exterior o indumentaria de una persona, en especial cuando es propia o característica de un lugar.

Barequera: Mujer que trabaja artesanalmente buscando el oro.

Barrial: Pantano abundante enlodado por la lluvia.

Bocarada: cantidad excesiva de fluidos por la boca.

Bochorno: calor excesivo.

Bunde: cantidad de gente brincando al ritmo de la chirimía.

Cestones: montón de ropa

Chapaleando: sin dominio en los movimientos

Chilapa: mujer mezcla étnica entre negros e indígenas

Chisteando: bromas con burla y algarabía

Cimblando: movimiento repentino de algo.

Compuerta: entrada principal

Comunidades afrocolombianas: como pueblo, es un conjunto de derechos que forma parte de la diversidad étnica y cultural de la nación, por primera vez reconocida constitucionalmente

Cuncallita: tienda pequeña

Deshilachado: deterioro de la ropa

Enjambre: agrupación de insectos

Escaparate: armario hecho en madera para guardar la ropa u objetos de valor

Esculcar: buscar algo oculto

Estropicio: caída de objetos.

Hendija: fisuras en las paredes y pisos de madera.

Matrona: mujer que ancestralmente replica sus legados culturales.

Mulata: mujer de mezcla étnica entre negros y blancos

Percance: incidente.

Ponchera: tazón, de aluminio o de plástico

Pozo: yacimiento de agua

Rezumar: ruido en los oídos.

Solar: extensión de terreno con gran cantidad de monte

Trastes: objetos de cocina

Vikingos: también conocidos como bolis o bonice, pero con alta concentración en leche

Yerbatero: persona que alto conocimiento en plantas curativas.

Cuentos de aguacero

En lo dulce de la vida

Artemisa Morrones, así se llamaba la tía de Jacinto, era quien nos contaba las historias de aquel pueblo lejano, Tutunendo para ser exactos, un corregimiento de Quibdó, ese que a los viajeros les devolvía la esperanza, después de largas horas de viaje por una trocha que de Medellín nos llevaba a esa tierra tropical. Era toda una aventura un verdadero reto, montarse en un bus con cuarenta o más pasajeros todos bien equipados e ir mirando el largo camino entre curvas de esa carretera destapada llena de piedritas y barro colorado, que cuando caía la lluvia se convertía en un pantanal, y ay, ánimas benditas lo que nos podía pasar, porque mirando por la ventanilla oxidada y quebradiza se sentía en el pecho la profundidad del abismo verdoso, con rocas y peñas bañadas en un río torrentoso, es una selva pura y misteriosa, en ella el silencio es un eco tormentoso, tan insistente como el cimblar del bus que brincaba y brincaba amenazándonos con caerse a las profundidades y hacernos perder para siempre en la espesura del barranco.

Durante el viaje los muchachos nos entreteníamos escuchando los chistes, cuentos y relatos, que entre largas risotadas por no decir carcajadas nos ayudaban a disipar el bamboleo del bus que hundía alguna de sus llantas en los huecos de la destapada carretera, aquel estruendoso movimiento nos ponía en aviso de que la alegría en llanto podía parar. Y así, pasábamos los minutos y también las horas; luego de los chistes seguían los relatos, habían de santos, de brujas y espantos y uno que otro cuento real o imaginario.

Uno de los tantos viajes que hice para Quibdó, cuando era pelado fue por allá en un diciembre del noventa y seis, íbamos con Jacinto mi amigo de infancia, ese día también viajaban muchos conocidos iba la señora Marta que era parienta de mi mamá, el señor Alberto que vendía la longaniza en la Alameda, Pan ducho un ahijado de mi tía Clara, Tomasa la vecina que vendía pescado en el mercado, también iba Argemiro mi tío, un primo hermano de mi papá, pero el que más recuerdo de todos los paisanos se llamaba Josué, en el pueblo de cariño lo llamábamos Don Sue, era

oriundo de Icho, con él supe de pura cepa la historia del mohán de Icho. Ese día nos contó la historia con la serenidad que tienen los viejos para narrar, mientras apretó el botón que estaba a mano derecha de la silla del pasillo para acomodarse y con un suspiro profundo como si quisiera hallar consuelo en sus recuerdos empezó a decir.

—en el verano del cincuenta y siete, recuerdo yo, que había una sequía como nunca se había visto en el Chocó, mi compadre Jesús Creo, que era bien andariego se fue para Tutunendo porque en tiempo de semana santa tremenda fiesta de chirimía montaban allá. Contaba mi compadre que del susto se desmayó, porque las hazañas de un par de brujos le tocó presenciar. El bajaba para Sal de frutas, a rebuscarse con su batea, cuando de repente escucho unos bramidos, era uno de los brujos que en un abrir y cerrar de ojos en gallina se convirtió. —vaya ver ustedes el susto que se pegó mi compadre, cuando el otro brujo siguiendo el juego tomó la forma de un perro, luego el que era gallina fue cerdo, y el perro conejo y el cerdo hormiga y en todo cuanto animal se quisieron presentar, pero la cosa no paro ahí, a eso del fin de semana como de costumbre mi compadre, con su chinchorro a Sal de frutas se fue a pescar, y otra vez a uno de los brujos se volvió a encontrar, llevaba una tortuga en el hombro, eso me dijo mi compadre, pero que aquel animal era una cosa bien rara, que cambiaba de tamaño en la medida que el brujo avanzaba, tanto fue la sorpresa para el mismo brujo que la arrojó de inmediato porque hasta el peso en un instante le había cambiado. Presten atención muchachos a lo que vio mi compadre -decía. Era él brujo rival quien socarronamente atino a decirle gracias compa por cargarme; hoy tenía pereza de caminar. En un instante, desapareció misteriosamente para esperarlo en Tutunendo, muerto de risa. Eso fue un viernes santo me conto Jesús Creo. Mi compadre que ya estaba intrigado no perdió oportunidad de mirar el asunto a donde iría a parar, así que siguió al acecho, por esos días se fue a miniar y otra vez al brujo de regreso a Tutunendo se volvió a encontrar, y ese día fue un tigre que al brujo quiso atacar, pero dice mi compadre que el brujo se defendió, creyó reconocer a su rival y el creo al revés le rezó, con esa oración un tanto inofensiva logró domar el felino y haciéndolo inofensivo, evitó que recuperara su estado antropomorfo. Y así fue como uno de los brujos quedó

definitivamente transformado en tigre y desde entonces se ha dedicado a arrasar porquerizas y gallineros, devorar vacas y acabar con cuanto animal doméstico encontraba a su paso. Sepan pues mis muchachos que esta historia realmente fue verdad - advirtió. Nuevamente Don Sue, apretó el botón de la silla para enderezarla, ya llevaba mucho tiempo recostado y su espalda estaba cansada más por los años, que por el trayecto. Escucó su vieja mochila y de uno de los bolsillos tomó una pipa, la encendió y con soplidos, y humareda como si tarareara una canción placentera se dejó llevar por el vaivén sigiloso del recorrido y en un suave gemido para siempre se quedó dormido. Íbamos tan envele sados en la recocha con los pelaos que a eso de las doce y treinta del día si mal no recuerdo, cuando el conductor paró en el Siete, para que almorzáramos, solo después de un rato nos percatamos que Don Sue, no se había bajado del bus, Jacinto y yo nos subimos a buscarlo, y cansados de llamarlo por su nombre completo y de hamaquearlo sin obtener respuestas, llamamos al resto de pasajeros, quienes despavoridos fueron al acecho, pero desafortunadamente, ya Don Sue había muerto .

—fue un infarto fulminante que se le llevó la vida -eso dijeron los paramédicos.

De ahí en adelante el viaje no fue lo mismo la tristeza nos invadió a toditos, fueron las horas más angustiantes de mi vida, nunca había visto ver morir a alguien tan de cerquita. A eso de las cuatro de la tarde recobramos un poco la tranquilidad, habíamos llegado a Tutunendo, un lugar exótico, resguardado por abundante selva y aguas cristalinas que formaban un espejo verde-azul en ellas los rayos del sol dejaban su reflejo .Mientras avanzábamos en el trayecto, veía los resguardos de indígenas emberos que apilonados en sus casas de bahareques o chozas se entretenían mirando el transitar de los viajeros, y en pocos metros de distancia se empezaban a ver las casitas de madera con altas peleaderas sostenidas por guayacanes que se encontraban a bordo de la carretera, al término de las contadas viviendas, había un río cristalino y torrentoso. Era el hermoso rio Tutunendo que nos refrescaba el alma con solo verle, mis ojos se perdieron ante la imagen de los niños que jugaban a alcanzar una canoa cargada de mancha verde y caimitos tan amarillitos como el sol de aquella tarde, y así como los pequeños chapoteaban en

el agua, los recuerdos titilaron fresquitos en mi memoria, en ese momento recordé a Artemisa Morrones, la tía de Jacinto que en las noches frías cuando caía el aguacero nos contaba las historias de esa tierra de aromas, una de las tantas historias fue la de la mística e icónica piedra del diablo, una gran roca que estaba dentro del afrodisiaco rio, nos contó la tía que en las noche del viernes santo, cuando el reloj marcaba las doce en punto, la piedra se quebraba por la mitad y de su interior aparecía una gallina dorada con sus siete pollos de oro. Nos contó también que aquellos que decidieron ver el misterio de la piedra adelantaron su propia muerte, que solo vivieron los siguientes siete días, porque al cumplirse estos, repentinamente la gente se murió, así tan de repente como se nos murió Don Sue.

Nosotros llegamos a Quibdó a las cinco de la tarde en medio de un bulle rengue, y aunque estábamos deprimidos por la muerte de Don Sue, nuestros rostros se iluminaron con el borombombon de la tambora y el firipipin del clarinete sonando a todo timbal en un bunde con mucha gente, que saltando de lado a lado gritaban “que viva Quibdó, que viva Quibdó” era una alegría inmensa para los que acabamos de llegar, se sentía el alma viva, y se nos olvidó el cansancio. A don Josué esa misma tarde lo llevaron para su pueblo, el tan mencionado Icho. En la noche lo velaron y al otro día lo enterramos fue muy sentido el viejo, mucha gente lo acompañó, en la casa del finado no cabía un alma más, las rezanderas del pueblo le organizaron la tumba con sábanas blancas y sobre ellas una cruz hecha con cinta morada que adornadas con un cristo plateado cubrían la esquina principal de la sala, el ataúd era de color café embarnizado, cuatro veladoras con la imagen de San José, alumbraban al difunto que estaba vestido con el hábito de San Francisco para el perdón de sus pecados, también habían coronas de flores y a los pies del difunto los rezaderos le rezaban, uno empezaba el rezo y el otro lo terminaba. Cada amigo cantor le entonó su alabado, hay uno en mi memoria que la letra decía así.

“ante la tumba del cuerpo presente

se despide el alma que en vida y en muerte

recordamos del ausente” (bis)

El abuelo Pacho

Es muy poco lo que recuerdo de este viejo sin vergüenza, recuerdo muy bien su pinta esta clarita en mi cabeza; siempre llevaba su sombrero hecho en pura paja tenía los mismos años del viejo batallar, con pantalón de lino un poco deshilachado, camisa manga larga con su peinilla al lado, se amarraba los pantalones con tira de colino, así se amarraban los hombres pa` coge` responsabilidad, le gustaba andar descalzo para sentir la arena, que de la playa en toda la casa iba a parar. Era un viejo bien sabido, que hasta el diablo un día fue a buscar, en la espesura del monte para que le enseñara a volar. Era lo único que le faltaba pues bastante sabía nadar, casi que caminaba en el agua, hasta de la gente se sabía ausentar, se convertía en cuanto cosa de la justicia le hiciera escapar. Le gustaba la pipa y leía la historia sagrada, esa que cuando chiquitos ya no se usaba, de ahí sacaban los nombres para todo el que llegaba a estas tierras benditas a oír sonar sus aguas. También sabía de brujos, de lluvia y de tempestad, y hasta el mal de ojo lo sabía curar, compartía con los vivos y con los del más allá, a la muerte le vio la cara, decía que era ligera y rápida en su andar. El abuelo vivía a orillas del río Munguidò, en un rancho muy complejo con lo necesario para criar patos, gallinas y puercos. Tenía una azotea con cilantro, sauco, y poleo También había malva para calmar los vientos esos que de tanto comer pacó, a los chicos enfermaban y con solo macerar unas ramitas ya estaban curados. A Matilde, una vez le pasó que en la casa del abuelo un ánima la visitó, ahí estaba el espectro calentándose en el fogón de leña, donde las comadres habían asado los panes para la noche buena. Tremendo susto se pegó la pobre, al ver ese espanto que iba lentamente por la peleadera, desde ese día no volvió a comer caimito aunque estuvieran jugosos y bien hechitos. Al abuelo le contó lo que le había sucedido, -“esa era Nicomea” respondió sonriendo, era del más allá, que todas las noches a su viejo venía a buscar. La Matilde quedó consternada, no sabía qué pensar, era un viejo mañoso, y bastante misterioso en su hablar, hasta el día de su muerte lo supo descifrar, mandó a llamar a sus hijos que estaban en la capital, ya hacía varios meses estaba en el hospital porque con un palo en la cabeza la muerte se lo quiso llevar, él le pidió una tregua para sus

cosas ordenar, tenía muchas tierras e hijos para heredar y aunque estaba enfermo de gravedad, todos sus asuntos los pudo ordenar, y antes de morir se lo tuvieron que inyectar para que su alma pudiera descansar.

Dios bendiga al abuelo, Teófilo Mayoral.

El merengón

Era un chico divertido, goloso y desparpajado de esos que en el pueblo a todos se había gozado, a unos por flacos, gordos, bobos y alocaos. Tenía un chiste pa` todo y un canto para rimar Juan Merengue le solíamos llamar. No había fiesta donde no estuviera, entierro que no llorara y misa que no cantara; era el hombre del pueblo y para el pueblo. En los tiempos de San Pacho se lucía el condenado, le gustaba el colorido y los atuendos, era un poco arrebatado, en todos los barrios franciscanos se iba a celebrar, y en la mejor comparsa era el primero en llegar. Los bundes se los metía desde el inicio hasta el final, y al son de la chirimía brincaba de aquí para allá, era migo de Mariza, la que todo lo sabía, de Pepe el tendero, de Fosforito el sepulturero y hasta de Chamuco el yerba tero, ahhh y del alcalde Mario José Restrepo, de Enemise la contralora, de Marianito el sacerdote, de Horacio el enfermero, de Jacinto el hojaldrero, de Rita la maestra, de Moreno el policía, de Tinita la loquita, de Paco y de Nefer los de menor edad, él era amigo de todos los de plata y los de necesidad. Organizaba las fiestas con un toque especial y con mucha retahíla a los muertos les iba a rezar.

-“Que viva Juan Merengue por toda la eternidad.”

Su casa estaba llena, no cabía un alma más, tuvieron que poner una carpa en el andén porque esa noche no paró de llover, y es que el cielo también lloró la partida de Juan Merengón. Fueron a despedirlo gente de todos los lados, familiares del San Juan, Tutunendo y Guayabal, amigos del Baudò, Certegui y Bebarà, parientes de Yuto, Anda Goya y Bajirá. Y es que era un personaje de esos que no veremos más, ahí está mi diosito que no lo vaya a condenar, como era me dio volteado y eso en la biblia es pecado, fue de los pocos que cometió, porque muy alegre vivió y a todos

en el pueblo carcajadas nos sacó. Y hasta el viejo Simeón rengueando vino y cantó los alabaos que muchas veces el difunto también cantó, a niños, jóvenes, y ancianos, que en velorios, novenas y chigualos de este mundo se alejaron. No faltaron los recuerdos, las risas y el llanto, y es que hasta después de muerto fue pícaro el condenado, minutos antes de su entierro, se puso bien pesado, no lo sacaron de casa hasta que llegó Genaro su último enamorado. Y aunque tuvo una muerte bonita o muerte de cristiano, se le hicieron sus novenas y le rezamos el rosario, ya quedó en manos de Jesucristo el perdón de sus pecados.

Alumbramiento

El cielo se había oscurecido en esa tarde de domingo veraniego; las chontas, que revoloteaban en las alturas con su canto despavorido anunciaban un ventarrón. Las nubes grises y corredizas se borraban del firmamento, una llovizna agudizada, empezó a mojar la tierra que polvorosa y reseca por tanta sequía emergía aires de calor.

La gente del pueblo empezó a correr, las calles se desolaron y las voces se dieron a oír. - Quiten la ropa que se moja, - este muchacho se va a mojar - Alisten los fósforos que en esto se va la luz. Los relámpagos no se hicieron esperar con estruendosos destellos de fuego que aclaraban la noche por algunos segundos. El viento tomó su curso con un fuerte aguacero, un ruido fuerte en los techos de zinc resonaba por todo el barrio, y el fervor calórico desapareció con el sonido apresurado de la lluvia. Los gritos eran latentes la gente se alborotó, había el presentimiento que algo malo iba a pasar.

Mazorcaaaaa, Mazorcaaaaa.....Cierra la puerta que el cielo se oscureció. Estas fueron las últimas palabras de Josefa, antes de que la Rosita le hablara. Quedamos todos consternados por lo que esa noche pasó, mi comadre Josefa del susto se nos murió, a esa hora la velamos y al siguiente día la enterramos. Estábamos en la misa cuando llegó la noticia, que la extraña muchachita también de este mundo partió. Todavía estaba tibiecita, con sus mejillas tiernas y fresquitas, las manitas moraditas

y el cuerpo templadito, y es que desde que Julieta, entró en trabajo de parto las cosas empezaron mal, con tantos años de partera no había visto cosa igual. Eran las ocho de la noche cuando mi comadre me mandó a llamar y desde ese momento la muchacha no paró de gritar, le dimos agüita caliente con canela y carpintero, para que los dolores le pasaran ligero, pero eso de nada le sirvió, la bebé estaba atravesada no encontraba su posición, era tanto el desespero, que al santo Eccehomo le prendimos un velón, y a eso de las doce por fin se enderezó, se voltió de cabeza y el trabajo de parto mejoró, empezó a romper la fuente y mermarle el dolor. Cuando ya había amanecido y el alba apareció con el roció de la madrugada a eso de las seis de la mañana, le abrió los ojos al mundo. Nació bien bonita la mulata grande y alentada, pero esa estrella en la frente sí era cosa rara, los que la alcanzamos a ver, la vista nos empañaba, pues brillaba como el oro puro y el sol en las mañanas. Pa' mí que eso era virtud, y no se podía hablar, pero en este pueblo la gente no se puede aguantar y menos con esos hechos que son cosas del más allá.

Así que la Rosita a los tres días murió. Su mamá estaba destrozada, pues huérfana ya había quedado, pero a la pérdida de un hijo nombre no se le ha asignado, qué pesar de la Julieta, ahí está mi Diosito, que la ayude a soportar.

Buscamos agua bendita para bautizarla, ella se convirtió en angelito y en el cielo está su morada, con flores de Pichinde le adornamos la caja, y hasta la madrugada le cantamos a su dulce alma.

La subienda

Dicen que fue a Helena la hija de Víctor, que encontraron muerta en las orillas del Atrato.

Era una mañana soleada de domingo como esas que suelen hacer en Quibdó. Se sentía el despertar con el canto de los gallos y el cric, cric de los grillos cantores.

Desde las altas y temblorosas peleaderas que daban con el solar de las casas, se escuchaban las voces de los vecinos que por los linderos y las hendijas de las paredes se unían en algarabía.

¿-Cómo amaneció comadre? – bien y usted comadre, y el viejo cómo siguió?

-pasó muy mala noche, no pudimos pegar el ojo, voy es a coger unas hojitas de malva y mata ratón, para hacerle un agua fresca a ver si con eso le rebaja la fiebre, o si no me tocará llevarlo donde Piñeres que le recete alguna cosita.

Se escuchaba la caída del agua en los patios de las casas y el sonido de los trastes dentro de las poncheras, con los cubiertos resonando, mientras los estaban lavando. El estropicio de la loza que caía en el piso a pedazos agudizaba el ruido del vecindario, el llanto de un bebé despavorido se mezclaba con la sonora voz de Jacinto Mena, pregonando la hojaldra pa` desayunar. Se respiraba un aroma a canela en agua de panela hirviendo con gran vapor al calor del fogón de leña, y la harina fresca, calientica del pan recién amasado.

-Ve, ve Morena, saca tu agua del tanque que la tina se está quedando seca, con voz rezongona hablaba Cleotilde con una de sus hijas, - si no llueve de hoy a mañana tienen que ir para el pozo. Y no quiero ni imaginarme la cantidad de gente haciendo fila por un poquito de agua; y pa` que hablar de los cestones de ropa sucia por el barrial. ay está mi diosito que nos mande su agüita.

En los andenes había alboroto se escuchaban los saltos, palmas y silbidos de los niños que estaban jugando al balón.

-Paco, Paco...-Anda repasar los cuadernos, eso es lo que debes de hacer, bien mal que vas en esa escuela, apenas piensa es en el juego, hay donde la seño me mande llamar, para que voz veas como te va, mejor dicho con voz me estreno ese Pedro Moreno.

“el que quita lo malo y pone lo bueno”

“el que quita lo malo y pone lo bueno”

Repetían los niños en coro con fuertes carcajadas

Las claraboyas que se hacían por el sol resplandeciente en el cuarto de Helena junto con el ruido de los vecinos, las cantaletas y el llamado a regañadientes de su abuela, hicieron que se despertara de un placentero sueño.

Helena estaba entrando a los 17 años ya era toda una mujer, simpática por cierto, tenía unos ojos negros de dulce mirar, era un poco mulata. Se parecía mucho a su mamá, una Chilapa que en los tiempos de las dragas al pueblo se le vio llegar. Desde el nacimiento de la niña, de su vida no se supo más y ni por bien ni por mal en casa de Araminta se volvió a nombrar. Ella era su abuela paterna. Araminta Córdoba así la bautizaron, y en el pueblo todos la llamaban así con su nombre y apellido, nacida en las compuertas de la selva tropical es matrona, barequera, rezandera y curandera. No hay velorio que no halla cantao` ni ojo que no halla curao` vio nacer a muchos y morir a otros. A sus 84 años conservaba la firmeza de su piel, la elegancia de su cuerpo, y seguridad en el tono de su voz. Era sabia por idiosincrasia.

-Si vas a ir al mercado es mejor que vas temprano, ya sabes cómo se pone este pueblo cuando es tiempo de pescado - advertía pausadamente a su nieta

-Enseguida voy saliendo.

Contestó, mientras se miraba al espejo, admiraba su rostro detalladamente acariciaba sus mejillas, perfilaba su nariz, y aplicaba un poco de labial en sus labios, este, solo era usado para días especiales, y este domingo parecía serlo, esa sensación sintió doña Araminta al verla. Tenía los pechos bien brotados, se alcanzaban a asomar por las transparencias de la blusa que dejaba al descubierto el botón de sus pezones, una cintura plana y bien moldeada adornada con su delicado ombligo, vestía una mini falda roja satinada, ajustada a la cadera, dejando al descubierto sus contorneadas y hermosas piernas. Que se habían convertido en la inspiración de los hombres que la miraban con deseo.

-Cuidadito Helena.

Dice, mientras fumaba un tabaco y tomaba un sorbo de café, se mecía serenamente en su mecedera, un mechón de cabello blanco en su cabeza le recordaban el paso de los años y lo que con ellos había vivió. La muerte violenta de su esposo, la locura de Ester, su hija mayor, quien perdió la cordura al presenciar el asesinato de su padre, y la codena de más de treinta años de prisión de su hijo Víctor. Quien había

quemado a Juan Palacios, por haber matado a su viejo. Siente que es una guerra de nunca acabar. Suspiraba profundo Botando una bocarada de humo pausado y con un tono sonoro de advertencia le dijo a su nieta.

--Más sabe el diablo por viejo que por diablo, cuidado con los gallos tapaos, que en este pueblo todo esta hablado.

-Ándate con cuidado, no le prestes atención a Teresa que ahora le ha dado por celarte con Manuel, yo no creo que tengas que ver con él, evítame problemas que Teresa no es cosa buena.

- Tranquila abuela, que yo no me demoro.

Mientras entornaba la puerta, observó un enjambre de insectos que rodean la bombilla, entre ellos sobresalía una diminuta mariposa color medio luto que parece estar inquieta por el brillo sofocante del reflejo de la luz.

Salió un poco perturbada, su piel se había erizado con el zumbido y chirrío de esos bichos.

El pueblo estaba despierto, la bulla de los equipos de sonido cimblando el uno al lado del otro rezumbaban en las calles. En las tabernas y billares se sentía el murmullo de los que no llegaron a casa.

Un sinfín de instrumentos se unía al coro de una iglesia evangélica, que con algarabía y voces en coro dicen alabar a Dios.

La sirena de una ambulancia a toda prisa llamaba la atención de conductores que en expectativa abrían paso para que el paciente lograra llegar con vida.

El chirrío del aceite caliente y el olor a masa frita hacían congestión.

Helena estaba feliz, eso dicen los que la vieron en la plaza, disfrutó el sabor del caimito bien maduro, grande y jugoso, pues hacia días no había cosecha.

Vio las canoas de boca chicos, bagres y dentones, escogió bananos, plátanos y marañones.

Hablo con Clotilde la hierbatera con don José el hechicero.

También la vieron con Tatto, el líder de los ahorcados una banda que opera por los lados del San Juan, se les relacionan delitos de secuestro, robo y extorción. Tenía orden de captura por la muerte del ex alcalde del río Quito a quien por negarse a entregar una alta suma de dinero, implacablemente lo asesinaron.

Lo cierto es que en ese pueblo se escuchaban muchas cosas.

-Que estuvo en misa de 10 con el padre Marianito

- Que cruzó el Atrato, rumbo Bahía Solano.

-Que fue al cementerio y visitó a su hermano

-Y que por última vez en el malecón la volvieron a ver.

Ya había entrado la tarde y el cielo se oscurecía, con estruendosos truenos y una tranquila llovizna. El bullicio había cesado. Los murmullos en las casas se sentían, como si una mala noticia al pueblo había llegado.

Se escuchaba el tocar insistente en una puerta vecina; alguien grita a larga distancia -“Lázaro, ahí no hay nadie se fueron pa` el otro lado por la sequía”

Lázaro era el loquito del barrio, le decían“vaya y vuelva” porque era el mandadero de todos. Buscaba a Araminta para darle la noticia pero ella ya no estaba, y no la escucharía. Había muerto sentada ahogada en la melancolía.

El día de la sal

El enjambre de mosquitos que revoloteaban alrededor de la bombilla, con zumbidos y chirríos, bajo el brillo sofocante del reflejo de la luz. Hicieron que su piel se erizara sintiendo un hormigueo con picazón en todo su cuerpo. La perturbación de los bichos le hizo recordar del cuerpo sin vida de Crisóstomo Palacios, un vendedor ambulante de la plaza de mercado oriundo del San Juan, que llegó al pueblo a pagar una condena de 18 años en la cárcel Ana Yancy, por haber matado a cuchilladas a dos coteros en su tierra. Lo había conocido una semana después de haber pagado su condena, en una de las ladrilleras del penal. Era un sábado soleado con

bochorno caluroso por el verano, las calles estaban polvorosas y reseca a causa de la sequía. Eva había salido como de costumbre a remesar su cuncallita, una especie de tienda pequeña donde el vecindario conseguía los productos de primera necesidad.

Aquel hombre era un negro oscuro, alto, corpulento y bien fornido, de nariz un poco perfilada pero, no muy agraciado, la abordó caballerosamente y se ofreció en ayudarle a cargar las bolsas que la hacían ver muy cansada, con el cansancio que tienen las mujeres que llevan acuesta la obligación de sacar los hijos adelante.

Mientras caminaban conversaban de sus vidas, y sin saberlo se empezaba a cruzar entre ellos el misterioso destino.

Recordar la muerte de Crisóstomo, la llena de nostalgia, en su agonizante despedida se revolcó en su espesa sangre como si con esta quisiera lavar los pecados por tan desgraciada vida. El hombre murió como un perro, chapaleando desesperado, abrumado en su lamento, en el dolor de la herida. Un machetazo en su nunca le desprendió gran parte de la cabeza, sus ojos no se cerraron, quedaron perdidos para siempre en la sombra de un lastimero gemido.

La hora de la muerte

A Vicente lo mataron a las 9:45 de la mañana un jueves del mes de septiembre.

Desde hacía nueve meses atrás, se había alejado de las acostumbradas relaciones sociales que normalmente le llenaban el ego, por no decirlo de otra forma y es que no hay otra sino la más clara y precisa para este tipo de personajes arrogantes, orgullosos, que por creerse echados pa' delante, van por el mundo haciendo y deshaciendo cuanta fechoría les llenan los bolsillos, sin siquiera ponerse a pensar en los infortunios que tarde o temprano tanta holgazanería le pudiera acarrear. El hecho es que Vicente Rengifo, desde muy niño tenía la chispa de aquellos chiquillos inquietos y brabucones que hasta con los perros disipaba lo mala leche que era, muchos de estos animalitos sufrieron en carne propia de sus crueldades, los tomaba de las patas, el hocico y el rabo uniéndolos con una cuerda, los ponía largas horas

al sol, les echaba agua caliente, el muy condenado, y los pobres morían desesperados. A los vecinos inquietaba con la tiradera de piedra, se aprovechaba de la lluvia y de las noches negras, cuando a la luz le daba por fallar. Era enemigo del barrio porque con todos los chicos peleaba, en muchas ocasiones hasta puñal les sacaba, y que decir de los viejos, también los irrespetaba y con mujeres ajenas vacilaba, se creía un don Juan, quería que todos le temieran. Y es que era igualado con los mayores y a comparado con los menores, a todos amenazaba con mandar pa el otro lado, a las muchachas las morboseaba y hasta la reputación se las dañaba, era de esos hombres sin manzana, de esos guaches que las intimidades ponen en evidencia, pobre de aquella jovencita que con él llegaba acuerdo, todo el pueblo se enteraba y hasta fotografías en cuero les tomaba, cuando desprevenidas en el río se bañaban, les robaba la ropa y las chantajeaba, para que con él se acostaran, era un hijo puta, como se dice vulgarmente y hasta el día de su muerte no dejó de molestar. Y aunque era un holgazán, tenía buena apariencia, era mulato, alto y delgado y siempre andaba encopetado, con ropa fina de la capital y unas gafas para encubrir su maldad. El hecho es que ese muchacho vivía como acelerado, y cuanto torcido le aparecía de una le echaba la mano, no se perdía ni una y menos si era pa cosa mala. Él me perjudicó a la Mocha así ella lo haya negado, Dios quiera que el muchachito no le vaya a salir dañado. Y aunque dicen que hierba mala no muere a este lo mataron bien matado, no le dieron chiguo de nada, le dispararon con silenciador, me contaron las malas lenguas que él estaba en el mercado, cuando zalameramente un amigo lo abrazó y en cuestiones de segundo la cabeza de un plomazo le estalló. Solo se le vio caer con los sesos reventados en un pozo de sangre tan grande como sus pecados. Pobre doña Clemencia, que con la fuerte notica, dio un suspiro y se desplomó, Cuando recuperó la conciencia ya todo había pasado, velorio entierro y hasta al infierno había llegado, porque a esos condenados el cielo les es negado.

El ataúd

En la noche del 21 de agosto murió Mamá Joaquina, era la menor de cinco hermanos y también fue la última en morir, era de apellido Marmolejo, una familia que llegó a Quibdó, el mismo día en el pueblo se quemó. Fue un domingo por la mañana cuando el pueblo se despertaba y entre bulla y ardientes llamas, la gente se amalayaba, dicen que fue Fulgencio, que el incendio provocó porque ese día a las ánimas la vela tarde prendió, y por andar de hechicero enterito se quemó, ardieron en llama viva todas las casas vecinas, las hojas de cinc volaban mientras las tablas se quemaban, había mucho sofoco, y un calor descomunal como si en el infierno se hubiera prendido ya, solo se salvó la iglesia como obra celestial, la conflagración del fuego a Atrato fue a parar y todo el barrio Roma en cenizas se convirtió. Los bomberos llegaron tarde como todo lo de este pueblo. En ese entonces tenía 20 años, ese día era mi matrimonio con la Lupita, pero por el incendio se canceló es que hasta el cura se arrepintió de juntarnos para siempre como lo manda el señor. No seguimos con los planes de llegar al altar, pues la gente murmuraba que eso era una mala señal, y que si nos casábamos nos iba a ir mal, por eso mi Lupita se fue para la capital. Yo en cambio me quedé en el pueblo trabajando en cuanto cosa me apareciera, unas veces fui carpintero y otras sepulturero, me ha tocado embalsamar a niños, jóvenes y ancianos, a los pobres y encopetados, y es que la muerte no escoge y mucho menos da espera.

Esa era mamá Joaquina, ya está embalsamada, con la cara tiesa, tiesa y la barriga bien hinchada, con el hábito de San Francisco y el rosario en la mano, Dios la acoja en su seno y perdone sus pecados. Ya está listo su ataúd, blanquito como su alma. Desde hacía varios meses que la estaba esperando, no lo quisimos vender ni siquiera para el padre Nando que era bien apetecido por todos los paisanos. Y es que “al que le van a dar comen y le guardan” apenas le quedó preciso ni flojo ni

apretado, el vidrio le da exacto para que la puedan mirar, las cargaderas son de hierro, de hierro reforzado, los hombres que la carguen, deben estar bien alentados, ella es de esos muertos que se ponen pesados, pero eso fue después de muerta que el cuerpo se le hinchó, porque en vida era muy liviana, eso dijeron los rezanderos que le rezaron el rosario, también las comadronas que cantaron los alabaos. Desde la noche del velorio, hasta la última novena todo fue pomposo, la casa estaba llena no cabía un alma más, a los andenes vecinos la gente fue a parar, hubo toque de chirimía, pasillo, bullerengue y mapalé ,la gente bebía platino, pipilongo y café, otros comían pan, sancocho y pastel. Y por todo el corredor, de la antigua casa, rezumbaba el sonido de las fichas de dominó, junto a las carcajadas de los cuenteros, que se unían en eco, un eco de esperanza, para el alma de la difunta, que con tanta gente junta, sus penas fueron saldadas.

Bibliografía

- Chocoarro, L. (2010). *Representación social de la muerte entre los profesionales sanitarios: Una aproximación psicosociológica desde el análisis del discurso*. Memoria para optar el grado de Doctor, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias políticas y sociología, Madrid.
- Durkheim, E. (1924). *Sociología y filosofía*. Buenos Aires, Argentina: Editorial. Buenos Aires Argentina : Guillermo Kraft Limitada.
- Cegarra, J. (2012). Fundamentos Teórico Epistemológicos de los Imaginarios Sociales. *Scielo*(43), 1-13.
- Mora García, P. (2003). La muerte como imaginario social: una mirada de la modernidad a la posmodernidad cultural. *Dikaioyne*,.
- Peréz, L., & Enriquez, G. (2016). *Imaginario social y Representaciones Sociales. Teorías sobre el saber cotidiano*. . Cuernavaca.: Pimera edición, Morelos .
- Campos, F., Figares, M., Núñez, H., & Martos, G. (2010). *¿Por qué narrar? Cuentos contados y cuentos por contar*. . Castilla -La Mancha: Universidad de Castilla La Mancha.
- Tobos, L. M. (2011). *bdigital.unal.edu.co*. Obtenido de *bdigital.unal.edu.co*: <http://bdigital.unal.edu.co/4149/1/luisamarcelaalvareztobos.2011.pdf>
- Arango, M. A. (2011). *Las representaciones sociales del periodista en cinco relatos literarios y cinco relatos cinematográficos contemporáneos*. Obtenido de *Las representaciones sociales del periodista en cinco relatos literarios y cinco relatos cinematográficos contemporáneos*: <https://www.yumpu.com/es/document/read/38341686/las-representaciones-sociales-del-periodista-en-cinco-relatos->
- Quintero, M. d. (01 de enero de 2008). *La naturaleza de las representaciones sociales*. Obtenido de *La naturaleza de las representaciones sociales*: <https://www.redalyc.org/pdf/773/77360103.pdf>
- Valdez, J. Z. (2018). *Formas del imaginario social de la muerte en las leyendas de la zona lacustre de Michoacan*. Obtenido de *Formas del imaginario social de la muerte en las leyendas de la zona lacustre de Michoacan*: <file:///C:/Users/Usuario/Downloads/49071-217-172512-1-10-20180424.pdf>
- Rodriguez, C. (2020). *Representaciones sociales de la muerte en los cuentos de aguacero (Tesis de maestría Universidad Pontificia Bolivariana)*. Medellin.
- Alvarez, G. F. (Diciembre de 2011). *Los relatos de la tradición oral y la problemática de sudescontextualización y re-significación*. Obtenido de *Los relatos de la tradición oral y la problemática de sudescontextualización y re-significación* : <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/tesis/te.746/te.746.pdf>

Alvrez Tobos, L. M. (2011). *Representaciones Sociales sobre la Muerte en un grupo de Mdicos Alpatas y alternativos*. Obtenido de <http://bdigital.unal.edu.co/4149/1/luisamarcelaalvareztos.2011.pdf>